

TEMAS PARA DEBATE

Tribulaciones de un psicólogo escolar

Irene FUENTES CARO

Gabinete psicopedagógico municipal de La Algaba (Sevilla)

Para nosotros los psicólogos escolares que trabajamos -los que trabajamos- a salto de mata en un colegio de monjas, una guardería y un colegio público de *polígono* -póngase por caso el apellido de (*psicólogo*) *educativo* nos viene grande. También le viene grande a los que, a golpe de camino, configuran el equipo municipal compartido de tres o cuatro pueblos distantes entre sí cuarenta o cincuenta kilómetros. Y es que pertenecemos a otra clase de psicólogos, tal vez la clase B, los vulgares, los *poco importantes*, por eso, lo de *educativo* queda para los doctores que son los que hacen algo llamado *psicología de la educación* y que, generalmente, poco tiene que ver con la profesión de psicólogo escolar.

Nuestra historia -como la de casi todos los colegas- es dura. Salimos de la Universidad hace dos, tres, tal vez cuatro años y nunca más volvimos a interesarnos por ella -ni siquiera por su salud, por lo que, a la fecha, es posible que haya muerto de *muerte natural* y ni siquiera nos hayamos enterado -. No manejamos el *Psychological Abstract* ni nos vamos a doctorar nunca; Eso sí, cuando cae en nuestras manos alguna *revistilla* española sobre el tema la exprimimos ávidamente, deseosos de conocer cómo hacen otros compañeros su trabajo diario y cómo son sus experiencias.

A lo más a lo más que va a llegar

alguno de nosotros es a sacar una oposición en alguna diputación o ayuntamiento y, si la cosa se pone fea, a prepararse las de EGB para acabar de parvulista en cualquier pueblo de la sierra.

Pero hasta llegar a la tan esperada seguridad de un *trabajo fijo*, el camino ha sido largo y la mayor parte de nosotros aún estamos en él.

Al principio, recién licenciaditos y con el título bajo el brazo nos pateamos toda clase de centros educativos y nos entrevistamos con toda clase de curas, monjas y demás ministros de la Iglesia, así como directores de colegios públicos de gesto hurraño y mirada de desconfianza ante nuestra juventud y palabrería.

Al final logramos convencer -o ya lo estaban- a una asociación de padres de alumnos (APA) de las ventajas que suponía integrar un psicólogo en el centro donde estudiaban sus hijos. Y empezamos a trabajar... Ante nosotros se abría un mundo en el que todo estaba por hacer. Y para empezar pasábamos tests -porque era lo único que sabíamos hacer- y utilizábamos términos un tanto extraños y ajenos a maestros y padres lo que, al mismo tiempo, nos confería el status de *medio mago-medio brujo*.

De tanto estar con niños, con maes-

tros y con padres, a muchos de nosotros nos ha empezado a interesar profundamente el tema educativo. Ya no aplicamos tantos tests y, además, hemos instrumentado nuevas técnicas. Hemos pasado de ver *niños con problemas* a analizar la institución escolar en su totalidad. De dar soluciones individuales a potenciar la renovación pedagógica. En definitiva, hemos empezado a ser útiles a la comunidad.

Y en eso estamos ahora. Y en eso estaremos hasta que un día a la APA de la que dependemos se le ocurra contratar un profesor de gimnasia para que haga con los niños *esas cosas tan monas* que hace Eva Nasarre en la televisión, o tal vez un profesor de guitarra, o simplemente decida pagar el viaje fin de curso de los chicos de octavo.

De lo que resulta que los psicólogos escolares no competimos con los profesionales afines como puedan ser pedagogos, psiquiatras, etc. Por el contrario, competimos con profesores de teatro, cursos de informática para los alumnos de ciclo superior, clases de ballet y toda la gama de actividades -útiles por otro lado- que puede desplegar una APA... Eso cuando no resulta que el presupuesto municipal para un equipo psicopedagógico se lo lleva el alumbrado de la feria de la localidad. Lástima que tantas inquietudes den al traste por cuestiones tan peregrinas.